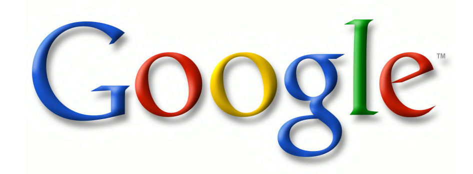

Google

Harvard College Library

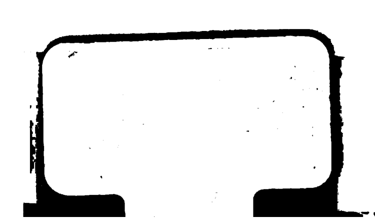


FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN–AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913



POESIAS

DE

SATURNINO MARTINEZ.



HABANA.
IMPRENTA DEL TIEMPO,
CALLE DE CUBA, NUM. 71.
1866.

A NICOLAS AZCARATÉ,

En testimonio de gratitud y afecto,

El Autor.

ELEGIA

A RAFAEL MARIA MENDIVE,

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Envuelve, envuelve en funeraria veste
El arpa de oro que en mejores dias,
Al manso ruido del laurel agreste
Mezcló sus melodías.
Hora de llanto y de amargura, extrema,
Te reservaba ¡oh bardo! la fortuna,
Y ya la adelfa, en tu inmortal diadema,
Con el laurel se aduna.
¡Oh momento de angustia!....y ¡cuán sombría
Nube ha venido á encapotar tu cielo!
El verde mirto que tu sien ceñia
Marchito ya en el suelo!

El mundo anuncia que murió la hermosa,
Amor de Rafael ¡oh cruel destino!
¡Cómo hiere la queja vagarosa
Del bardo peregrino!

Siempre abismado en mi rincon de penas
Te ví en mis sueños enlazado á Lola....
¡Precioso engaste de dos almas buenas
En una vida sola!

Y hoy en medio ¡oh dolor! á la luctuosa
Sombra que cubre mis dolientes ojos,
A ver alcanzo de la dulce esposa
Los pálidos despojos.

Y allí al bardo infeliz contemplo en tanto
Aún de la horrible realidad incierto,
Con el semblante sumergido en llanto
Al pié del ángel muerto.

¡Ay que al mirarla su abundoso lloro
Recuerdo triste y su dolor renueva,
Que mustias ya sus ilusiones de oro
El viento se las lleva!

¡Oh desgraciado Rafael! cuán dura
Fué para tí la mano del destino:
Sin astro alguno en su jornada oscura
¿Donde irá el peregrino?

Ya tu esposa murió! tu pecho, al verla
Sangre derrama de la abierta herida,
Y es que se queda sin su blanca perla,
La concha de tu vida.

Yo que tus versos escuchado habia
Rodar sonoros por el aire vano
Y culto daba en la memoria mía
Al trovador cubano,
Hoy que tu pecho el sinsabor contrista
No puedo hallar á tu afliccion consuelo...
¡Que apague todo el fuego del artista
Una gota de hielo!
Dejó en tu seno al ausentarse Lola
Marchitas ya de tu ilusion las flores;
¡Murió la ondina que llenaba sola
El mar de tus amores!
¡Qué suerte tan cruel!...Mas ¡ay! contempla
Los bellos frutos que dejó tu amada;
El llanto agota, la amargura templa
Y sigue la jornada.
Bien sé que contener tras faz erguida
El inmenso raudal de llanto puro
Que brota del dolor la ardiente herida,
Es muy duro, muy duro.
¡Bardo!...Resignacion!...la frente eleva,
¡Ay! que á pesar de tus dolores fijos,
Puede darte tal vez un arpa nueva
El amor de tus hijos.
Triste es la ausencia del amor, empero
Recuerdos suyos marcarán tu ruta:
Valor!....Adios!....El huracan es fiero
Y está léjos la gruta.

¡Ay! viajeros los dos, senda apartada
Quizás nos lleve hasta el sepulcro frio;
Si alguna vez nos encontramos... nada...
¡Adios, hermano mio!

(1861.)

A NICOLAS AZCARATE,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJA MICAELA.

Ley es que al morir el dia
Avance la noche densa,
Y los rayos de la tarde
Se oculten en las tinieblas.

En mústio sauce colgado
Está el laud del poeta:
Solo del áura el suspiro
Turba la paz de sus cuerdas.

Los ángeles de la infancia
Que abandonaron la tierra,
Bajan á velar en tanto
Junto á la alcoba paterna.

¡Silencio!....Ténue murmullo
Como música suprema,
De la noche misteriosa
El grave reposo altera.

¡Son ellos!—Hermosos niños
De encantadora belleza,
Por la region infinita
Baten sus alas ligeras.

¿Oyes el eco armonioso
Que lentamente se acerca
Hácia tu hogar, do se estingue
Cual ave que el vuelo plega?

Es un ángel que apartado
Del lindo grupo que vuela,
En un rayo de la luna
Viene á decirte—"¡Despierta!"

"No así del sueño en los brazos
Te olvides de Micaela:
Ella viene á visitarte
Aquí do tu encanto era:

"Cuando los cisnes del lago
Hácia la orilla navegan
Fingiendo flores de espuma
En las rizadas estelas;

"Cuando el sol en Occidente
Sepulta la cabellera
Y de sus últimos rayos
Ni un solo cambiante queda;

"Entónces, las inocentes
Almas que sobre la tierra
Ni las orlas del vestido
Hemos manchado en la arena;

"Obtenemos con un himno
De angelical reverencia
Que Dios nuestro ser dirija
A donde el alma desea.

"Y no á esa tierra de duelo
Acudiré, cuando fiera
Ruja la mar; cuando el bóreas
Devaste en cruda tormenta;

"Cuando tímida la luna
Se esconda tras nube negra,
Por no empañar sus cristales
Con el humo de la guerra,

"O con el vapor que exhala
La sangre vertida en tierra
Por la espada del impío
Que á sus hermanos execra....

"Espérame cuando el mundo
En hondo reposo duerma.
Y la maldad de los hombres
Se recoja en la conciencia."—

Dice, y batiendo las alas
Por la cristalina esfera,
A su ruido misterioso
Melancólico despiertas.

Acaso en aquel instante
El ángel muerto recuerdas....
¡Qué suspiros de amargura!
¡Cuántas lágrimas te cuesta!

Mas ¡qué! ¿la ausencia de un ángel
Debe llorarse en la tierra?
¿Acaso adoptó por pátria
Valle de tanta miseria?

¡No! que fué un ave de paso
Sobre este banco de arena,
Do solo paró un instante
Para volar con mas fuerza.

¡Ah! conten, conten el llanto
Que en tus ojos se presenta
Como exigido tributo
Del dolor que el pecho encierra!

¡Resignacion, noble amigo,
Resignacion y entereza,
Que á tu lado está la madre
En llanto amargo deshecha!

Mas ya Arturo en el Ocaso
Sepulta su frente régia
Y las sombras de la noche
Ya por el éter se elevan:

La soledad del espacio
De vagas formas se puebla
Y la luna el horizonte
Ilumina, siempre bella.

¡Noche de amor! ¡noche hermosa
Para bajar Micaela
A iluminar con sus ojos
La triste estancia paterna!

¡Acalla, acalla la angustia
Que tu semblante revela,
Con la feliz esperanza
De la cita que te espera!

Que en tanto yo, con el alma
De santo gozo cubierta,
Esclamaré complacido
Juzgando en tus brazos verla:

¡Dichoso el mortal que alcanza
En este mundo de penas
Sostener con los querubes
Tan íntimas conferencias!

(1863.)

A CARLOS NAVARRETE Y ROMAY,

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Mostrando la frescura y los colores
Del albá hermosa de la vida, era
Un tierno lirio abierto en la pradera
Del perfumado eden de tus amores.

Mecido blandamente á los albores
Alegres de la dulce primavera,
Vinieron á troncharlo en tu ribera
Con su lluvia de escarcha, los dolores.

Surcaron tu mejilla temblorosa
Las perlas del amor y el sentimiento:
Lloró la madre por su prenda hermosa,

Y viéronse lucir en tal momento
Tu tálamo nupcial sin una rosa,
Con una estrella más el firmamento.

(Agosto 1864.)

AÑO NUEVO.

Pasa el invierno encapotado y frio,
Viene la primavera floreciente,
Y el campo se corona nuevamente
Con las espigas del fecundo Estío.

Con nueva galanura el bosque umbrío
Vuelve á entonar su música elocuente;
Perlas derrama la serena fuente,
Conchas de nácar el sonante rio.

Otra vez por el centro de la sierra
Canta el pastor, feliz con su rebaño;
Solo mi pecho la amargura encierra,

Ajeno siempre de consuelo estraño:
¡Oh vosotros, dichosos de la tierra,
Nuevos placeres os conceda el año!

EN UNA LOMA DE REGLA.

Aquí de una verde loma
Sentado en la cumbre enhiesta,
Contemplo de la bahía
Flotar las ondas inquietas.

Y no muy léjos el Morro
Con su farola soberbia
Que, divisa de los náutas,
En alta torre voltea.

Es una tarde de Julio
Cuya atmósfera serena,
En mi corazon derrama
Lluvia de dulce tristeza.

El Occidente teñido
En oro y púrpura régia,
Figura un campo de grana
Bajo un pabellon de perlas.

Al rumor de las espumas
Que el mar en la playa estrella,
El batelero cubano
Entona sus cantilenas.

Todo es paisajes el cielo,
Toda perfumes la esfera
Y el véspero en blanca nube
Luminoso reverbera.

Magnífica perspectiva
Con que el sol cuando se aleja,
Amortecido engalana
Su melancólica huella.

Torno la vista al Oriente
Y por campiñas inmensas,
Descubro templos y hogares
De arquitectura ligera.

Allá una gigante cumbre
De verde musgo cubierta,
Circundada por un bosque
De cocales y palmeras.

Mas allá luce un bohío
A cuya rústica puerta
Vé el labrador desde léjos
A su prole que le espera.

¡Oh, Dios! y en medio á este cuadro
Fascinador, que me muestra
Con indefinible encanto
La madre Naturaleza;

No sé qué supremo instinto
O qué inspiracion secreta,
Mi pensamiento arrebata
Y lo deposita en Lesbia.

Y allá de la *Cruz del Indio*
Por la solitaria cuesta,
Taciturna como el ángel
De la tarde, pienso verla.

Pienso verla por la cumbre
De aquella colina enhiesta,
Como en las plácidas horas
De nuestras citas primeras.

¡Oh, venturosos instántes,
Que mi corazon recuerda,
De la historia de mi vida
Como las únicas prendas!

Harto de mi sér llorados
Sereis en la edad que venga;
Pues quien placeres no aguarda
Ley es que llorando muera.

¡Ah! ¡cómo cambian las horas
De la mísera existencia
Y tras los dulces placeres
Vienen las amargas penas!

¡Con qué rapidez los tiempos
Sepultan en noche eterna,
El resplandor sonrosado
De nuestras albas serenas!

¡Oh, Dios! ayer por la tarde,
Del Lajas en la ribera,
La ví dirigirme amante
Suspiros de su alma bella.

Yo pulsé al rumor del agua
Lleno de dicha suprema,
De mis tempranos amores
El arpa sencilla y nueva.

Hoy todo acabó: las ondas
Del mar de amargura, inmensas,
Inundan el triste valle
De mis esperanzas muertas.

¡Ah, sí! ¡cuán subito pasan
Las glorias sobre la tierra!
¡Parecen hojas errantes
Que en alas del noto vuelan!

Mas ya con manto de nubes
Avanza la noche densa,
Y el panorama encapota
Que la tarde representa.

Los barcos de la bahía
Se ocultan en las tinieblas,
Y las aves del crepúsculo
Por la atmósfera aletean.

Es la hora misteriosa
En que al reposo se entrega,
De su esplendor despojada
La hermosa Naturaleza.

Quédate ¡oh loma! tranquila
Hasta mañana que vuelva
A perturbar tu silencio
Con mis solitarias quejas.

Y plegue á Dios que por siempre
Mires tu cima cubierta
Con la perfumada alfombra
De la verde primavera.

A ... .

No pienses ¡oh, no! que el oro
Fascina mi pensamiento,
Y que las quejas no siento
Que exhalas en triste lloro.
Piensa mas bien que te adoro
Con amor púdico y santo,
Que reverencio tu encanto
Unico bien que me asiste,
Y que tengo el alma triste
A causa de amarte tanto.

Piensa que busco tu huella
Por encontrarme contigo,
En la jornada que sigo
Al fulgor de opaca estrella.

Que busco tu forma bella
Para enjugar con anhelo,
La dura gota de hielo
Que en su tránsito, inclemente,
Derramó sobre tu frente
La nube del desconsuelo.

Mas no pienses que inducida
Por los placeres mi mente,
Te recuerda indiferente
Y tus angustias olvida.
Pues del cáliz de mi vida
Siempre en el seno profundo,
Sensible y meditabundo
Guardaré tu imágen bella,
Como la fúlgida estrella
Que me dirige en el mundo.

Para tí serán las flores
Ultimas del alma mia
Y la postrer melodía
Del arpa de mis amores.
En mis amargos dolores
Se animará el pensamiento
Si con mi postrer aliento
Lágrimas de amor te envío,
Como gotas de rocío
Esparcidas por el viento.

Porque si cándida y pura
Siempre á mi amor correspondes,
Y á mis gemidos respondes
Con lágrimas de ternura;
No puede haber desventura
Que no arrostre complacida
El alma que orgullecida
Siempre á contemplarte alcanza,
Como faro de esperanza
En la noche de su vida.

Nada me importa el tesoro
Que cien altivos monarcas
Guarden en sus dobles arcas
Cerradas con llaves de oro;
Si tú, la vírgen que adoro,
Comprendes por mis canciones
En las hondas aflicciones
Con que el destino te abruma,
Que eres el manto de espuma
Del mar de mis ilusiones.

Pues mi corazon amante
No codicia mas ventura
Que la angélica ternura
De tu seno palpitante.
¿Qué me importa el deslumbrante

Dosel de elevado asiento,
Si halla en tí mi pensamiento
Por timbre de tu belleza,
Toda la noble riqueza
Del honor y el sentimiento?

Tus lábios arrobadores
Que animan ténues sonrisas,
Como perezosas brisas
Los cálices de las flores;
No en vez de suaves olores
Ayes lancen de amargura,
Mostrando la desventura
De un alma que siempre ha sido
Gérmen de esperanza, y nido
De celestial hermosura.

Aparta del pensamiento
Toda quimérica idea
Que turbe tu calma y sea
Gérmen de agudo tormento.
No dejes que el desaliento
Marchite con sus rigores
De tu albo seno las flores,
En cuyo dulce retiro
Exhala tierno suspiro
El ángel de los amores.

Y no pienses ¡oh mi encanto!
Que indiferente y esquivo
Dichoso en el mundo vivo
Cuando tu martirio es tanto.
Piensa que observo tu llanto
De amargas angustias lleno,
Y que de dichas ageno,
En cada gota de lloro
Miro una perla, un tesoro
Desprendido de tu seno.

¡Ah! yo bien sé cuán insano
Dolor tu pecho devora,
Y que cuantas perlas llora
Todas ¡ay! serán en vano.
Pues cuando con fiera mano
Amor nuestras almas hiere,
Tan hondamente se adhiere
Su sentimiento á la vida,
Que adoramos en la herida
Al pérfido que la infiere.

Y pues amor tan profundo,
Cual de tus sueños hermano,
Quiere hacer flores en vano
De las espinas del mundo,
Ya que el destino iracundo

Rebelde á tan noble anhelo,
Opone muros de hielo
Al fuego de la pasion,
Corona tu corazon
Con la esperanza del cielo.

(1868.)

EL PUERTO DE LA HABANA.

A ANTONIO SELLEN.

Sentado aquí sobre la erguida cumbre
De verde loma, cuando el rey del dia
A hundirse vá con su brillante lumbre
Tras los espacios de la mar sombría;

A contemplar me pongo el esplendente
Cuadro de magestad y de grandeza
Que dibuja en los campos de Occidente
La madre universal Naturaleza.

Fija la vista en el espacio, admiro
Cuanto á ceñir el horizonte alcanza:
Nubes de perla en cielos de zafiro,
Flores de amor en campos de esperanza.

Mécese altiva la gentil palmera
Al soplo de los céfiros de mayo,
Canta la alondra en la feraz pradera
Y el sol derrama purpurino rayo.

Oyese de la espléndida bahía
El sonoro rumor, que al son del viento,
Parece el himno funeral que al dia
Entona el mar con querelloso acento.

Fingiendo ninfas de cristal, con blondas
Cabelleras al viento desatadas,
Inquietas bullen las cerúleas ondas
De lucientes espumas coronadas.

Y como cisnes de gentil donaire
Rizándose en un lago transparente,
Cien barquichuelos á favor del aire
Hinchan la lona y surcan la corriente.

Ondula el rico pabellon, en tanto,
Al soplo de la tarde, y placentero
Entona alegre y generoso canto
Apoyado al timon el batelero.

Todo es bello á la par que la esplendente
Cabellera del sol agonizante,
Al hundirse en los mares de Occidente
Las nubes arrebola de Levante;

Mas no tan bellos á los ojos mios
Brillan los esmaltados horizontes,
Ni en verdes prados ondulosos rios,
Ni esbeltas palmas en floridos montes;

Como ancorados en angosto puerto
Esos jigantes árboles se miran
Acariciados por el beso incierto
De blandas olas que en su torno giran.

Flotante bosque que deleita, cuando
Empapado en esencias orientales,
El céfiro del alba susurrando
Viene á rizar los límpidos cristales,

Y allá en la noche, cuando fresca y grata
La enamorada de Endimion divina,
Vertiendo aljófar y luciente plata
Las transparentes ondas ilumina;

¡Ah! ¡cuánto es bello contemplar las graves
Formas que representan sobre el terso
Espejo de las olas, tantas naves
Como enseñas tremola el universo!

Allí la vida comercial se agita
En incesante actividad: ¡fecunda
Vena cuyo raudal se precipita
Y en oro el seno de la patria inunda!

No allí retumba el fragoroso estruendo
Del bronce atronador, que en son de guerra,
En otras playas estremece horrendo
Y baña en sangre el seno de la tierra.

Solo á compás del plácido murmullo
Que cual celeste música sonora
Forman las olas con su eterno arrullo
Y la sonante brisa mujidora;

Se oyen á instantes el lejano acento
De la ronca bocina en alto muro,
Y el rudo grito del patron, contento
De verse ya con su bajel seguro.

Con su bajel, que, rápida cortando
El diáfano cristal la breve quilla,
Entra en el puerto alegre saludando
Con noble salva la habanera orilla.

Tambien así, de la esperanza hermosa
En alas yo, la tropical ribera
Al soplo de la brisa deliciosa
Gozoso saludé la vez primera.

¡Ah! ¡cuán distinto el corazon ardiente
A recordar se pone palpitante
Aquel tiempo infantil! ¡cuán diferente
Sentimiento le anima en este instante!

Mas ya la noche avanza, y desprendidas
De los enhiestos mástiles, ligeras
Como gaviotas en su vuelo heridas,
A los "tiros del sol" cáen las banderas.

Cuelga pausada su flotante velo
Sobre las altas cúpulas, la fria
Sombra nocturna, que enlutando el cielo
Llena el espacio y oscurece el dia.

Y en tanto yo, llevándome en la mente
Todo el poema de ilusion brillante
Estractado del cuadro refulgente
Que iluminaba el sol agonizante;

Torno á mi hogar, mirando allá en el suelto
Manto luctuoso de la sombra vana,
A ese centro hervidor quedar envuelto,
Tranquilo y silencioso hasta mañana.

(1863.)

A ... ...

¡Oh! si supieras tú cuánto he sufrido!
Si alcanzáras á ver cuánta amargura
Encierra el corazon que ha prometido
No olvidarse jamas de tu hermosura....!

Cuando recuerdo que tuvimos horas
Tan llenas de placer, y que hoy sumida
En angustioso desconsuelo, lloras,
Y que yo paso en soledad mi vida;

¡Qué profundo pesar esperimento!
¡Qué intensa conmocion mi pecho embarga!
¡Quién pudiera arrojar en tal momento
Del triste corazon tan dura carga....!

Como sonda lanzada en mar ignota
Entre las olas del dolor me pierdo,
Y cuanto más el huracan me azota
Más la hermosura de tu amor recuerdo.

Y pienso más en los alegres dias
Y en las memorias del placer pasado,
Que vienen como ráfagas sombrías
A herir mi corazon atormentado.

¡Quién pudiera ¡ay de mí! tornar á verte!
¡Quién volver á estrechar tu vírgen seno
Contra mi corazon, á cuya suerte
Vá ligado tu amor de angustias lleno!

Quién á gozar volviera un solo instante
De aquellas dulces horas tan queridas,
Que huyeron con las brisas de Levante
Como un soplo fugaz de nuestras vidas!

¡Y nunca tornarán! y siempre triste
Las he de conservar en la memoria,
Como la sola página que existe
Bella en el libro de mi pobre historia!

¡Ay! pues tambien tu pensamiento alcanza
En el duro tormento que te agita
Cuanto es triste vivir sin la esperanza
Por cuyo bien el corazon palpita;

37

No pretendamos disipar la angustia
Que nos envuelve como sombra helada,
Doblemos al dolor la frente mústia
Y continuemos la fatal jornada.

(1868.)

AISLAMIENTO.

¡Oh! dejadme sufrir mi eterna angustia
Y en oscuro rincon hundir la frente,
Vagos fantasmas que halagais mi mente
Cual sombras misteriosas del placer.
Yo he despertado ya del hondo sueño
Que en la lozana juventud dormía:
La dorada ilusion del alma mía
Evaporóse con el sol de ayer.

Dejadme respirar en pobre albergue
El áura mansa de mi actual reposo:
¡Yo he visitado vuestro mundo hermoso
Y me orlasteis de sierpes el laud!
¡Cuán deslumbrantes revolais en torno
De mi abatido corazon, empero
Cubierta el alma de invencible acero
No hareis que pierda su habitual quietud!

Harto tiempo apuré con loco anhelo
La hirviente copa del placer mentido
Y el balbuciente lábio entorpecido
Osó vuestra quimera bendecir;
Mas ya está seco el mar cuajado en perlas
Que yo surcaba con gentil donaire,
Cual blanco cisne que á favor del aire
Navega sobre un lago de zafir.

Hora en profunda soledad el alma
Oye el rumor del huracan del mundo
Y á Dios eleva con fervor profundo
Por el celeste amparo, su oracion.
¡Bien por el tiempo que pasó!—¡Paz santa
A mis marchitos años juveniles!
Hora placer y amor pasen sutiles
Por sobre mi agitado corazon.

Secóse al fin la cristalina fuente
Donde un tiempo mi amor con ansia loca
Ciego aplicaba la sedienta boca
Anhelando sus linfas agotar!
¡Ah! ¡Cómo alterna la existencia humana!
¡Cómo cambia de rumbo el pensamiento!
¡Ayer de gloria y de placer sediento
Y hoy contrito en las gradas de un altar!

Pasad ¡Oh, formas de escarchada niebla!
Pasad ligeras por mi faz tranquila,
Sin que nuble el cristal de mi pupila
Vuestra enfermiza sombra nocturnal.
No ya del génio, en mi delirio insano,
Al ámplio solio remontarme aspiro:
Prefiero la quietud de mi retiro
A toda la grandeza mundanal.

Si yo pudiera retornar al campo
Donde reposa mi ilusion divina,
Como puede volver la golondrina
Cada un verano á su region natal....
Entónces ¡ay! entónces cual esperto
Náuta que diestro por el mar avanza,
El hermoso bajel de mi esperanza
Guiar supiera por mejor canal.

La vida empero que incesante avanza
Sola y á ciegas por su incierta ruta,
Cada noche se hospeda en nueva gruta
Y adios la dice para no volver.
¡Oh, sí! dejadme en soledad profunda
Las dulces horas olvidar que un dia
Cruzaron por mi loca fantasía
Vertiendo en ella matador placer.

No vuestro halago enardecer de nuevo
Pretenda loco mi razon serena;
Errante viajador y en playa agena
Planté mi tienda fatigado ya.
Huid en alas del ligero viento
Sin conturbar mi corazon tranquilo:
¿No veis?—En torno de mi pobre asilo
Solo el silencio avecindado está!

¡Huid, ensueños que alhagais mi mente
Con los recuerdos de la edad pasada,
Vagos efluvios de la noche helada
Que encubre con su sombra mi ilusion!
Del tiempo cruel bajo la ruda planta
La mañana se hundió del alma mia:
Hora la noche encapotada y fria
Tiende sobre mi faz su pabellon.

Ved cuán precoz al soplo del invierno
Que el campo agosta de la vida humana,
En mi testa brotó la primer cana
Que sirve de estandarte á la vejez.
Tal vez mañana se abrirá mi tumba
Y gozaré su paz consoladora:
¡Dejadme reposar la última hora
Y adios decidme, por postrera vez,

(1863.)

A LA SOCIEDAD DE REGLA.

Yo soy un trovador que vengo á verte,
Ilustre Sociedad: descorre el manto
Y déjame pasar á tu recinto,
Que digno soy de consagrarte un canto.

Ya el palpitante corazon te admira:
¡Qué bella estás con tu gentil guirnalda,
Vírgen dormida en las arenas de oro
Que baña el mar con olas de esmeralda..!

¡Mírame....! Soy un bardo cuya frente
Jamás la humilla el huracan que zumba:
Mi destino es cantar la flor que nace
Y el cedro secular que se derrumba.

¡Cantar, siempre, cantar.....! Aunque contemple
Que el Aquilon mis esperanzas trunca,
Siempre una voz en lo interior me grita:
¡Que cante, sí; pero que llore, nunca!

Y pues cantar es ley, escucha el canto
De un ave que cansada el ala plega
Cuando en su vuelo errante y vagabundo
De tu santuario á los umbrales llega.

Quisiera ser un Dios en este instante
En que tu augusta magestad contemplo,
Para arrancar de mi corona estrellas
Y arrojarlas en torno de tu templo.

Mas el sol del saber es tu diadema:
Yo un satélite soy que en tu recinto
Vengo á buscar la luz que me deslumbra,
Que yo adoro el progreso por instinto.

Todo lo tienes en tu circo de oro,
Y para más enaltecer tu gloria,
Hasta el mar con sus límpidas espumas
Viene á besar el templo de tu historia.

¡Qué! ¿no percibes el rumor solemne
Que el viento forma en la cercana orilla?
¡Es el mar del amor, cuya grandeza
A tu lozana juventud se humilla!

Es el Ponto inmortal que columpiado
Al son de las alegres barcarolas,
Erije á los ministros de tu templo
Altares de marfil sobre sus olas.

Yo escucho su rumor, y me parece
Oir los melancólicos cantares
Que entonan á tus vírgenes trigueñas
Los génios taciturnos de los mares.

Figúrome escuchar entre las ondas
Una gigante voz que victorea
La noble Sociedad que se levanta
En el vuelo apacible de la idea.

La sociedad ¡oh sí! la prepotente
Base sostenedora del progreso,
Que lleva en su estandarte por escudo
El santo emblema de la union impreso.

Salve! ¡Oh deidad que te levantas ráuda
En alas del saber y del talento,
Anhelando verter en el espacio
Lluvia que vivifique el pensamiento!

Avanza pues, y el pabellon flotante
De la ignorancia, sin piedad, descienda
Pedazos hecho, al deleznable abismo
Que le señale el fin de la contienda.

El ángel protector del adelanto
Elévete impetuoso á las estrellas;
Donde sentada en sonrosado disco
Rayos de ilustracion broten tus huellas.

Sigue, sigue tu impulso hasta que seas
Coronada de eternos arreboles,
Aguila que te ciernas en las nubes
Y de tus alas se desprendan soles.

El amor de los pueblos asociados
Es el vínculo santo del consuelo,
El lazo de la vida con la gloria,
La afinidad del alma con el cielo.

Sigamos esa luz esplenderosa
Hasta llegar al punto en que flamea
Señalando el espléndido horizonte
Que torrentes de fuego centellea.

¡Aliento Sociedad....! Tu carro de oro
En las alas del génio conducido,
Llegue al campo inmortal donda la historia
Salva á los pueblos del fatal olvido.

No temas que escabrosa la jornada
Al banquete triunfal llegar te estorbe,
Que el bridon del progreso vá impulsado
Por la incesante actividad del Orbe.

Avanza por el áspero camino
Aunque falte la luz del firmamento,
Que el horizonte intelectual se alumbra
Con el brillo que irradia el pensamiento.

Sigue sembrando en tu radiante huella
El gérmen del saber, en cuya espiga
Recoja el viajador los granos de oro
Que satisfagan su mortal fatiga.

Lánzate tras el fúlgido lucero
Que ilumina tu senda en lontananza,
Siempre ostentando en la robusta diestra
El lábaro triunfal de la esperanza.

Sigue....! Y si logras conquistar el láuro
De la espléndida gloria que deseas,
O si cedes al fin.... de cualquier modo,
Ilustre Sociedad....¡bendita seas!

(1863.)

ROMANCE.

I.

Cuando á la verde pradera
Sale mi rubia zagala,
Abren sus cálices bellos
Las flores mas perfumadas,
Se purifica el ambiente,
Susurra mas ténue el aura
Y dócilmente se inclina
A su pié la verde grama.
Por la florida espesura
El arroyuelo resbala,
Fingiendo en alfombra verde
Orla de luciente plata.

¡Todo parece que al verla
Con entusiasmo levanta
El himno de los amores
Al ángel de la esperanza!
Yo reclinado á la sombra
De floreciente enramada,
Enamorado la envío
Suspiros que el pecho exhala:
Contemplo sus bellas formas
Y su semblante de nácar
Y exclamo en el pensamiento
Lleno de amorosas ánsias:
¡Si yo pudiera seguirla
Por la selva solitaria
Y al corazon que la adora
Arrebatado estrecharla!
¡Si pudiera de sus lábios
Aspirarme todo el ámbar,
Sin mancillar con mi aliento
La tersura de sus gracias!
Mas temo que al encontrarme
À solas con mi zagala....
Suspiren de amor las fuentes,
Resbale mas ténue el aura,
Pleguen sus cálices bellos
Las flores mas perfumadas
Y yo nuble para siempre
El cielo de mi esperanza.

II.

Enardecida la mente
Por esa pira volcánica
Que el hálito del deseo
En los sentidos inflama;
Fijo la vista en la errante
Nubecilla solitaria
Que por el límpido cielo
Al soplo del viento vaga;
Y aspirando el delicioso
Perfume que la enramada
En dulces emanaciones
Por el ambiente dilata;
Estoy hasta que la hermosa
Y peregrina zagala,
Cruza la márgen del rio
Y se me oculta en su estancia.
Entónces bajo la frente,
Contemplo la verde grama
Y escucho del arroyuelo
La música regalada,
En cuyas notas parece
Que grita una voz:—¡Bien haya
El generoso mancebo
Que refrenando sus ánsias,
Esquiva la ardiente copa

De ricas flores orlada,
Con que el placer engañoso
Fascina su jóven alma;
Así el laurel de la gloria
Para sus sienes alcanza
Del ancho circo del mundo
Sobre la arena dorada;
Pues ni la flor misteriosa
De la pureza desgarra,
Ni el cristal de su conciencia
Con la hiel del vicio empaña.

(1863.)

A UNA JOVEN.

Si eres pura como el rayo
De la luna cuando brilla
Sobre las ondas inquietas
De un lago que el viento riza:

Si tienes el alma bella
Como tu garza pupila,
Y en el árbol de tu seno
La santa virtud se anida.

Escucha las oraciones
Que al despertar cada dia,
Dirijo desde mi alcoba
A la morada infinita.

Mas no pienses que mi lábio
Su propia ventura pida,
Cuando hay hermanos de viaje
Que sufren mayores cuitas.

Solo imploro que tú seas
La corriente cristalina,
En cuyas mágicas ondas
Temple la sed la desdicha.

Que tiendas tu blanca mano
Ante la mano sacrílega
Que se levante iracunda
Sobre la inocente víctima:

Que intercedas por la esclava
Que te sirvió de nodriza
Y que tanto dulce beso
Depositó en tu mejilla;

Para que cuando á los cielos
Ella sus votos dirija,
Rueguen por su bienhechora
Los lábios de la cautiva:

Que aunque triste y desgraciada,
Tiene un alma, vírgen mía,
Que habla con Dios á deshora
Y le cuenta sus fatigas.

Y yo quiero que tu nombre,
Puro como la tranquila
Lluvia de aljófar que vierte
El alba de un bello dia;

Al cielo suba, elevado
En la oracion peregrina
De un alma cuya existencia
Del infortunio redimas.

Por eso imploro que seas
La corriente cristalina
En cuyas mágicas ondas
Temple su sed la desdicha.

Y pues tu pálida frente
Revela un alma benigna
Tan pura y arrobadora
Como tu garza pupila;

Aprende en mis oraciones
A rogar por tu provincia
Y por los tristes que en ella
Infortunados suspiran.

MI AMBICION.

Yo soy el trovador de las montañas,
Ave salvaje que emprendí mi vuelo
De una selva oriental en las entrañas,
Con la esperanza de elevarme al cielo.

Aguila ruda de ambicion gigante,
Soñando vivo en mi delirio insano
Que abandoné las costas de Levante
Por invadir el cielo americano.

Las roncas tempestades del destino
Alientan con su voz mi brazo esperto,
Y pláceme habitar, como el beduino,
En las ásperas grutas del desierto.

Jamás me siento con mayor pujanza,
Ni mas altivo me palpita el seno,
Que cuando muje airado en lontananza
Cual furioso leon, el ronco trueno.

Otros gocen la paz del hondo lecho
Y canten del amor el poderío,
Que tal vez no tendrán dentro del pecho
Un corazon gigante como el mío.

Yo me encuentro inferior cuando en mi frente
Del infortunio el huracan no brama,
Y cuando el alma con placer no siente
De sed de gloria la abrasante llama.

Poco me importa en mi afanar constante,
Siempre que el triunfo mi ambicion corone,
Que haya en mi muerte un trovador que cante
O un corazon que mi recuerdo abone.

Yo voy en pos de un astro refulgente
En cuyo brillo halagador me abraso:
No sé si al cielo elevaré la frente,
O en el infierno me hundiré de paso.

Solo comprendo que anhelando vivo
El laurel inmortal de la victoria,
Que voy cruzando el mundo, fujitivo,
Sediento siempre de renombre y gloria.

Que no ambiciono ni el poder ni el oro,
Que solo aspiro á conquistar la palma
Que sombra preste á la ilusion que adoro
En el santuario espiritual del alma.

Quiero que en alas de la ardiente fama
Mi supremo saber al mundo asombre,
Y esta ansiedad que mi cerebro inflama
Apagar con la gloria de mi nombre.

¿Qué vale alcázar imperial, ornado
Con cuanto el arte prodigarle pudo,
Si no decora su arteson dorado
De nobles hechos deslumbrante escudo?

Léjos de mí la envanecida pompa
Y el fausto engañador, del mundo encanto;
Venga á mis manos la guerrera trompa
Y el órbe aplauda con placer mi canto.

Yo he nacido en las breñas de unos montes
Allá en la tierra donde nace el dia,
Atrevesé lejanos horizontes
Y en Oriente dejé la patria mia.

Ave de paso se cansó mi vuelo
Al tocar el zenit americano,
Y descendí sobre el ardiente suelo
Que alumbra el sol del hemisferio indiano.

Aquí en el mundo de las cañas de oro
Do se mecen las ceibas seculares,
Audaz preludia mi cantar sonoro
Al solemne rumor de los palmares.

Pienso en la gloria que en el alma adoro,
Loca ilusion que sin cesar me inquieta,
Y son mis sueños, el saber que ignoro,
"Y mi ambicion, un láuro de poeta."

(Octubre 28, 1864.)

RECUERDOS.

¡Cómo me hiere el agudo
Filo de la ardiente flecha,
Que en mis entrañas clavada
Dejó tu pura belleza!

¡Cómo recuerdo la luna
De aquella noche suprema
En que mi láuro de gloria
Cayó destrozado en tierra!

Aun me parece mirarte
En blanco cendal envuelta,
Solitaria y á deshora
Allá detrás de la reja.

Paréceme que tu lábio
Temblando de amor, se queja
De aquel pasado estravío
Que tanta angustia me cuesta.

Todo á la luz vacilante
De la remembranza bella,
En melancólico cuadro
A mis ojos se presenta.

Mas todos estos hermosos
Delirios que el alma crea,
Desaparecen al soplo
De la realidad funesta.

Y de todo el bello grupo
De fantásticas quimeras,
Solo el pálido esqueleto
Del desencanto me resta.

Y como el águila altiva
Herida del rayo, rueda
Por los espacios azules
Pulverizada y deshecha;

Así de mi pensamiento
Las ilusiones risueñas,
Por los campos del olvido
Trocadas en humo, vuelan.

Mas como de mústio lirio
Pende matutina perla,
Asida vá á mi memoria
La imágen de tu belleza.

Nunca el rigor del destino
Hará que olvidarte pueda,
Que son recuerdos del alma
Los lazos que á tí me allegan.

Tu fuiste la temblorosa
Luz que iluminó primera
El hemisferio dorado
De mis amantes creencias.

Tú la que me señalaste,
En horizonte de perlas,
Campos de luz y armonía,
Valles hoy de escarcha y niebla.

Y, acaso sin comprenderlo,
Fuiste nubecilla densa
Que el astro de mi ventura
Eclipsaste en tu carrera.

De entónces acá el destino
De henchirme el cáliz no cesa
Con la infiltrante amargura
Que el lábio agota sin treguas.

Ya mas nunca en el sombrío
Desierto de mi existencia,
De felices esperanzas
Tornará á lucir la estrella.

Ni volverán las hermosas
Mañanas de primavera,
A perfumar con sus brisas
Nuestras amantes escenas.

En aquel tiempo de amores,
Llenos de dulce inocencia,
Ibamos de un arroyuelo
Por la florida ribera.

Los ánades en la espuma
Rizaban sus alas bellas,
Y las cristalinas ondas
Quebrábanse en la pradera.

Mas de súbito un lejano
Mujido que el pecho aterra,
Anúncia en el horizonte,
El paso de la tormenta.

Núblase el cielo: las olas
Bramando contra las peñas,
Furibundas amenazan
Dilatarse por la tierra.

Despavoridas en tanto
Gimen nuestras almas tiernas:
Alzan el vuelo á deshora
Y piérdense en las tinieblas.

Mas la tuya al remontarse
A los espacios, ligera,
Dejó en mi seno enterrada
De sus amores la flecha.

Su punta desgarradora
El corazon me penetra:
Sangre derrama la herida
Y el pecho me inunda en ella.

Por eso nunca el destino
Hará que olvidarte pueda,
Que son recuerdos del alma
Los lazos que á tí me allegan.

EL CANTO DEL ESPOSITO.

Ay! yo nací del seno de una madre
Que abandonó su fruto;
Por eso el pobre huérfano, Dios mio,
Viste el alma de luto.

Tal vez por no mostrarse ante los hombres
Sin su mejor adorno,
En el silencio de la noche fria
Me colocó en el torno.

Y acaso en su conciencia, desde entónces,
Hay un sollozo eterno:
Peremne manantial que baña en llanto
El ánimo materno.

¡Si yo pudiera en mi ignorada vida
Un solo instante verla,
Y abrazarme á la concha de aquel seno
De donde fuí la perla......!

Siempre en el mar profundo del olvido
En que triste me pierdo,
Pienso si guardará dentro del alma
Mi pálido recuerdo.

Ay! ¡si la noche en que apartó mi vida
De su tierno regazo,
Hubiera yo podido de su cuello
Asirme en dulce abrazo....!

Mas yo no debo lamentar mi estrella,
Ni con llanto profundo
Exhalar una queja, ni un suspiro,
Contra el amor del mundo.

Que si una madre me negó su abrigo
En bien de su decoro,
Otras hallé de celestial pureza
Que enjugaron mi lloro;

Madres que sin turbar el misterioso
Cristal de la conciencia,
Prodigaron al triste pequeñuelo
La miel de la existencia.

Ellas son el encanto de mi vida,
Mi ventura en la tierra,
Y en este melancólico recinto
Todo mi amor se encierra.

Aquí no empañan la razon del hombre
Las pasiones del suelo:
Todo es maternidad, todo respira
La bendicion del cielo.

Yo bendigo la noche en que mi madre
Recatada en la sombra,
Me colocó del torno solitario
En la mullida alfombra.

¿Qué fuera yo por el revuelto mundo
Sin el sagrado nombre
Que endurecido me negó mi padre....?
¡Al fin, aquí soy hombre!

Aquí me atrevo á levantar la frente
Sin que me tilde insano
Ese vulgo mordaz que no perdona
Desgracias de un hermano.

Oh! nunca me priveis del aura pura
Que por mi frente pasa;
Dejadme siempre respirar trauquilo
En mi paterna casa!

(1864.)

A RAFAEL MARIA MENDIVE.

Otra vez el amor con dardo agudo
Hiere tu corazon....brilla en tu frente
Nueva chispa de luz, y un sol de fuego
Resplandece, con llama enrojecida,
En el vasto horizonte de tu vida.

El ángel de la dulce primavera
Vuelve á sembrar de flores tu camino,
Y otra vez del arroyo cristalino
Encuentra, en la pacífica ribera,
Sombra y frescura el triste peregrino

Con nuevo amor el corazon se lanza
Tras nueva aspiracion y nueva vida,
Nueva luz le fascina en lontananza,
Restaña del dolor la ardiente herida,
Y en alas de la fúlgida esperanza
Los horizontes de la tierra olvida.

Todo le brinda amor....en todo encuentra
Algo de la ilusion deslumbradora
Que le arrebata el corazon: en todo
Sueña escuchar un eco que enamora,
Un suspiro que vuela, un vago acento,
Una dulce expresion arrobadora,
Que remedan con timbre macilento
Trémulos ayes que lanzó á deshora
El ángel que idolatra el pensamiento.

Ora le arroba el pájaro que canta
Sobre el arbusto que se mece al vago
Soplo del áura, que su vuelo plega
Sobre la tierna flor con dulce halago;
Y ora la espuma que en su torno riega
El blanco cisne que veloz navega
Sobre las ondas del tranquilo lago.

Todo se olvida entonces....Hasta el dulce
Recuerdo del amor, que tiernamente
Nuestras almas hirió la vez primera
Con su dardo candente;

Cruza por nuestra frente solitaria,
Cual vaga nube por el ancho cielo,
Cual ave que atraviesa los espacios
Con silencioso vuelo.

Hable sinó tu tu corazon, que ardiente
Palpita, de emocion estremecido,
Al beso de un amor profundo y tierno,
En tus horas de angustia concebido.

Cuando partido, en borrascoso dia,
El dorado eslabon de la cadena
Que á los encantos del placer te unia,
Era tu corazon grano de arena
Que en los abismos del dolor se hundia:
Cuando con honda y fiera desventura
El inflamado párpado sentias
Húmedo aun del llanto de amargura
Que por la ausencia del amor vertias:
Cuando sólo soñabas con la altura
Y libre ya tu corazon creias
De los lazos del mundo y su locura;
Torna de nuevo á encadenar tus dias
El sublime poder de la hermosura.

De nuevo brilla en tus ardientes ojos
Lágrima tembladora, que retrata
La intensa conmocion que el alma siente

Al cruzar por el campo de tu frente
La espléndida ilusion que te arrebata.

¡Y llorabas ayer tu amor perdido!
¡Y no pensabas, en martirio tánto,
Que la fé de otro amor borrar podria
Las huellas de tu llanto!

¡Todo cambia en la vida, y aunque todo
Tiene su centro de atraccion marcado,
Todo concurre al prefijado punto
Por camino apartado!....
Goza, goza la luz que el nuevo dia
En tu agitado corazon derrama,
Y ensanche tu lozana fantasía
Su refulgente llama.
Goza tu nuevo amor.... ¡qué eterno sea,
Coronado de fúlgida aureola,
Dulce continuacion del libro de oro
Que orló de perlas el amor de Lola!

EN EL HURACAN.

Semejante al tronar de la metralla,
Que la pujanza varonil sofoca,
Cuando ensanchando la rugiente boca
Feroz el mónstruo de la guerra estalla;

Así, salvando la anchurosa valla
Del ronco mar, que su furor provoca,
Retumba el huracan de roca en roca
Y el movimiento universal acalla.

Entra mugiendo la espantada fiera
De su caverna en el recinto inmundo:
Póstrase á orar la humanidad entera;

Y en tanto ¡oh Laura! en su dolor profundo,
Mi triste corazon que ansioso espera,
Piensa en tu amor y olvídase del mundo.

HEREDIA.

Al rudo pié de la veloz corriente
Sentóse á reposar el peregrino;
Y pájaro cantor, mezcló su trino
Al ronco són del mujidor torrente.

La blanca espuma, en confusion hirviente,
Formando vaporoso torbellino,
Con densa nube encapotó el camino
Que lo apartaba de la zona ardiente.

Coloso allí, sobre el peligro insano,
Alzó con calma la cabeza al cielo
El valiente cantor americano:

¡Yo soy Heredia, ¡oh Niágara profundo!
Dijo; y la fama con gigante vuelo
Abrió á su nombre la extension del mundo.

LA ORACION DEL HUERFANO.

Antes que el sueño mis cansados ojos
Venga con mano trémula á cerrar,
Postrado al pié de mi jergon de paja,
Dejadme orar:

Hundió su imperio en Occidente el dia,
La noche vino de su sólio en pos....
Yo pude hallar un pan y encnentro un lecho,
¡Gracias, buen Dios!

En este mismo albergue, moribundo,
Mi anciano padre acarició me ayer,
Y tendióme la diestra para nunca,
Nunca volver.

Aun parece que envuelta en el misterio
La sombra de mi madre vuela en paz
Por esta triste alcoba, recatando
La dulce faz.

Por ellos nunca en la azarosa vida
Sabré los infortunios maldecir,
Que sólo me enseñaron á ser pobre
Y á bendecir.

Por ellos siempre al inclinar la frente
Del blando sueño á la impresion letal,
A tí mi ruego fervoroso envío,
Dios inmortal.

Mi ruego, sí, mi ruego por el triste
Que abaten las angustias y el dolor,
Y por el alma que perdió en la tierra
Dicha y amor.

Por la resignacion y fé constante
Del infeliz hermano que se vé,
Al rudo son de criminal cadena,
Mover el pié.

Yo soy un pobre huérfano, que á ciegas
Cruzando voy el escarpado erial,
Y puedo hundir la planta en el revuelto
Cáuce del mal.

¡Dios de mi porvenir! tú que en el hondo
Grave silencio de la noche estás
Oyendo mi oracion....no me desvies
Tu amor, jamás.

Solo en el valle oscuro de la vida,
Sin alma humana que me induzca al bien,
¿Quién, sino tú, me librará piadoso
Del vicio, quién?

Mas ¡ah! mis padres al tender el vuelo
Hácia la eterna celestial mansion,
Por santa herencia á mi horfandad dejaron
La educacion.

Astro que nunca el huracan violento
De las pasiones eclipsar podrá;
Siempre á mis ojos la bendita senda
Mostrando irá.

¡Triste de aquel que en el paterno lábio
Jamás su linfa espiritual bebió!
¡Culpa no es suya si del crímen fiero
La senda holló!

Con ella en el revuelto torbellino
Que airado envuelve al hombre sin piedad,
Puede tal vez hallar de sus ensueños
La realidad.

El ángel peregrino que en su seno
Vierta las blancas perlas del amor,
Como el alba su lluvia de diamantes
En mústia flor.

¡Cuán diferente, entónces, este niño
Que hoy se reclina en mísero jergon,
Con fé profunda elevará en tus áras
Santa oracion!

¡Déjame, ¡oh Dios! en el revuelto mundo
Formarme una familia y un hogar,
Y en medio de mis hijos y mi esposa
Ponerme á orar!

Jamás codiciaré timbres ni honores;
Sólo el puro blason de mi honradez,
Pues con su amor me sobrará en la tierra
La esplendidez.

Siempre te rogará mi humilde lábio
En su profunda y férvida oracion,
Lo que hoy el pobre huérfano te implora:
¡Tu bendicion!

(1864.)

RUEGO MATERNO.

¡Oh tú, Señor, que con bondad suprema
Riges el movimiento y das la vida,
Piedad te pide en lágrimas bañada
Esta madre afligida!

Mírame al pié de tu sagrada imágen,
Lamentando el rigor de la fortuna
Sola con mi afliccion.... ¡Y el hijo mio
Enfermo en pobre cuna!

¡Enfermo está mi arcángel!...Y en la alcoba,
Donde postrada estoy junto á su lecho,
Sólo se oyen mi voz y el comprimido
Respirar de su pecho.

La noche está serena; mas mi oido
Hasta en el viento que lejano zumba,
Sueña escuchar los golpes que dá el hombre
Abriéndole la tumba.

Tiene fijos en mí los tiernos ojos,
Y en su inocente faz descolorida
Pintada está la angustia que consume
La sábia de su vida.

El es, Señor, el ángel que yo adoro
En el cielo feliz de la inocencia,
La estrella que ilumina el horizonte
De mi pobre existencia.

Es el cisne que gime adolorido
De mi amor en la orilla silenciosa,
El brillante que ostenta solitario
Mi diadema de esposa.

Cuando no sufre el inocente mio
Siempre con sus halagos me consuela,
Y es un eden de risas para mi alma
Su boca pequeñuela,

Mas hoy que anubla sus azules ojos
Y consume, la angustia, su belleza,
Me traspasan el pecho sus miradas
De angélica tristeza.

Póngolo tierna, con amantes brazos,
A los piés del sagrado crucifijo,
Y parece, tan rubio y tan hermoso,
Que es un ángel mi hijo.

¡Mírale aquí!... su frente está marchita...
Vélase en sus pupilas la luz pura....
¡Que no muera, Señor, que no se apague
El sol de mi ventura!

Muévate á compasion la triste madre
Que de la vida en el oscuro yermo,
Piedad te pide en lágrimas bañada
Al pié del hijo enfermo.

(1864.)

LAMENTOS DE UN PROSCRIPTO.

¿Adónde, adonde volveré, Dios mio,
La entristecida frente,
En esta noche de pavor y angustia,
De mis lares ausente?

Cubre mi corazon el mármol frio
Del dolor mas profundo;
Y á mi triste lamento no responde
Nadie, nadie en el mundo.

Cuento las prolongadas vibraciones,
Que en la torre lejana,
Del sonoro reloj despide al viento
La lúgubre campana.

La nieve de los cielos desprendida
En la tierra se cuaja,
Y en cada limpio copo hallar espero
Mi fúnebre mortaja.

En este mismo instante, en otras noches
De amor y de ventura,
¡Cuántas veces logré la amante cita
De pálida hermosura!

¡Cómo me late, al recordarla, el pecho!...
¡Qué espina tan aguda
Me hiere el corazon!....¡cómo me asalta
La punzadora duda!

¡Quién sabe ¡oh Dios! si miéntras yo suspiro
Solitario y errante,
De un felice rival escucha tierna
La confesion amante!....

¡Dios proteja el amor de los dichosos,
Que en la nocturna calma,
Abren ¡ay! al placer, como las flores,
Los cálices del alma!

Yo sin un lecho en que apoyar la frente,
Vagando á la inclemencia,
Siento que apaga el gélido granizo
La luz de mi existencia....

¡Cuánto es amargo lamentarse á solas
En extranjera playa,
Viendo cómo la vida lentamente
Palidece y desmaya!

Y no escuchar la voz consoladora
De una madre, que amante,
Con solícito afan, al hijo enfermo
Interroga constante!

Mas ¿qué importa vivir sin paz ni amores,
En honda desventura,
Si la patria espirante me pedia
Consuelo, en su amargura?

Por ella á Dios rogué...si á Dios no plugo
Alentar mi esperanza,
Quédame siempre del heróico intento
La dulce remembranza.

Y pues no pude disipar las frias
Nubes que tristemente
Empaña la expresion arrobadora
Y el brillo de su frente;

Venga de proscripcion el cáliz hondo
Hasta los bordes lleno:
Yo apuraré con ánimo esforzado
Todo, todo el veneno.

(1864.)

TUS CANTOS.

(A LA SRTA. DOÑA MARIA DE SANTA CRUZ.)

Tu aliento es el perfume de los nelumbios rojos
Que brotan en la orilla del lago temblador;
Y dulcemente irradian en tus vivaces ojos
Las fúlgidas estrellas su claro resplandor.

Tu talle es débil junco que en plácida ribera
Al beso del favonio colúmpiase gentil:
Tu boca la alborada que alegre y placentera
Descubre entre corales el perfumado Abril.

El áura de los bosques, rizando tus cabellos,
Aspira de tus lábios el jugo embriagador:
¡Qué pláticas tan dulces murmurarán en ellos
En noches silenciosas las brisas del amor!

Mas yo no admiro tanto la luz de tu pupila,
Ni el ámbar de tu aliento, ni el lábio de coral,
Como ese misterioso brillante, que rutila
Velado allá en tu frente con mágico cendal.

¡El génio te enaltece!....y el alma del poeta
Al brillo de su fuego deslúmbrase y no vé,
Y quema ciegamente, de su pasion secreta,
La mirra y el incienso, en áras de su fé.

Paloma que te duermes al són que forma el agua
Cayendo sobre un bosque de nítido azahar,
Arcángel que tu vuelo posaste en la Macagua,
¿Es muy hermoso el cielo donde has debido estar?

Cantora que te inspiras, radiante de inocencia,
Y tal parece entónces que brota tu cancion,
Con todo el jugo nuevo, y el hálito, y la esencia
Que exhala, el entreabrirse, el tierno corazon.

Tus cándidas hermanas, las vírgenes del cielo,
Derraman en tu frente su vívido fulgor,
Y son tus cantinelas, baladas que en su vuelo,
Esparce por los aires el ángel del amor.

Tus cantos son el ruido que forma en noche estiva
En próxima enramada armónico llover,
El són que en los abetos esparce fugitiva
La brisa embalsamada del fresco amanecer.



Remedos vagarosos del místico concierto
De un coro de querubes, en hora matinal,
Que hienden del espacio el diáfano desierto
Cual mágicas alondras con trino virginal.

Tu voz es el suspiro que temblorosa exhala
Al soplo de la noche, la rosa del jardin,
El ruido misterioso que forma con el ala
Cruzando las esferas velado serafin.

Por eso, cuando cantas, parece que te elevas,
Espléndida y aérea, en pos de otra region,
Y del cerúleo manto angélica te llevas,
En cada blanca estrella, prendido un corazon.

¡Oh vírgen de esta zona! ¡Qué siempre tus cantares
Alivien amorosos la angustia terrenal!
Y en bien de los que sufren, ¡sirena de estos mares!
No suelte nunca el plectro tu mano angelical.



¡CANTA!

(A LA SRTA. Dª JULIA PEREZ MONTES DE OCA.)

¡Oh tú! paloma que del terso lago
El cuello rizas en la espuma breve,
Y del sutil favonio al fresco halago,
Regalando tu arrullo al viento vago,
Gallarda empinas la cerviz de nieve.

Tú, que el acento arrobador levantas,
Y en los espacios de la luz se pierde
Al son de los arroyos y las plantas,
Cándida alondra, que en penacho verde
Plegas el ala voladora y cantas:

Cuando á las nubes tu cancion elevas
Dando á los aires el plumaje rico,
Y tal parece que fugaz te llevas
Todo el perfume de las flores nuevas
Aprisionado en el clavel del pico;

Deja que el triste pensamiento mio
Tras tí remonte el atrevido vuelo
Por los inmensos campos del vacio,
Cual pajarillo audaz del bosque umbrío
Que osado intenta remontarse al cielo.

Deja tambien que su laud mezquino
El trovador del infortunio vibre,
Al escuchar el canto peregrino
Del arcángel de Diós, que al mundo vino
A cautivar el pensamiento libre.

Deja que el lábio con placer te nombre
La vírgen celestial que dulcemente
En Cuba logra que su voz asombre,
Y que le rinda con aplauso el hombre
Láuros de honor con que ceñir su frente.

Tú que á la flor del juvenil encanto
Unes de la virtud la rama verde,
Y de las musas en el templo santo,
Porque tu nombre el porvenir recuerde,
Prendes gloriosa el purpurino manto.

Oh! plegue á Dios que en la escabrosa senda
De este mundo de sombras y de hastío
Jamás el infortunio te sorprenda;
Y que brote la flor y mane el rio
Do quier que intentes colocar tu tienda.

El ángel del amor batiendo el ala
Rize la fresca flor que en tu cabello
Suaves perfumes al ambiente exhala,
Cíñate el mirto de oro, y por más gala
De ricas joyas te circunde el cuello.

El áura breve que la móvil onda
Del límpido Almendar besa tranquila,
Arrulle sin cesar tu trenza blonda,
Y que siempre el placer, tersa y redonda
Perla, columpie en tu vivaz pupila.

Que eternamente tu garganta sea
Ebúrneo manantial, y por las flores
Del dulce lábio, derramar se vea
En el vuelo apacible de la idea
El himno espiritual de los amores.

Mas pulsa en tanto la sonante lira
Y al caro nombre de la patria entona
Los tiernos cantos que su amor inspira,
Que si el áura patriótica respira
Digno es tu corazon de una corona.

Implora que jamás el cierzo impío,
Tronche sus ceibas, ni sus campos tale,
Que siempre con pausado murmurío
Juegue en ellos la brisa del estío
Y el arroyuelo bullidor resbale:

Que cuanto hermano en la desgracia gima,
Súbito irguiendo con vigor la frente
El abatido corazon redima
Del tenebroso piélago rugiente
En que el destino abrumador le oprima.

Y canta, canta, deteniendo el vuelo,
Gallardo cisne, en límpido remanso;
Que en tanto yo te pintaré en mi anhelo
Como se pinta un arroyuelo manso
Que copia en sí la majestad del cielo.

(1865.)

A MR. PRUME.

Viajero, que de paso por el mundo,
Eternizando vas tu fama y nombre,—
¿Quién eres, dí, que alcanzas en la tierra
Templos de admiracion do quier que al hombre
Descubres el poder que tu alma encierra?
¿Quién eres, quién, que llevas en la frente
Ese vivo esplendor que el hombre apénas
Alcanza á contemplar, cuando en sus venas
Hervir la sangre alborozada siente?
¿Quién eres tú, que cuando el arco pulsas,
Y haces que brote de las cuerdas de oro
De armónicos acentos un tesoro,
Sueñan las almas, de placer convulsas,
Oir los cantos del celeste coro?

¿Eres tal vez el paraninfo hermoso,
Que anuncia á los mortales
Una vida mejor, un mundo lleno
De glorias ideales?

Bello es oir en tarde silenciosa
El canto de la alondra, que su vuelo
Plega en el cáliz de fragante rosa;
Bello escuchar la voz del arroyuelo,
Cuando con blanda música armoniosa
Dulces himnos de amor dirige al cielo;
Y reclinado en la arboleda umbría,
Sobre alfombra de plácida verdura,
Percibir el armónico bullicio
Del manantial que brota en la espesura;
Y el ronco trueno que en los aires zumba
Al són del mar, cuando agitado choca,
Quebrando espuma, en la erizada roca
Do encuentra su furor perpétua tumba.

Yo he soñado escuchar en fresco estío,
Todo formando universal concierto,
Al pájaro y la flor, al mar y al rio,
Y á las brisas que cruzán el desierto.
Todo en mis sueños lo escuché, y en todo
Hallaba el corazon dulce consuelo;
Mas de las artes invocando el nombre,
Siempre exclamaba en mi abrasante anhelo:
—"Aun puede más la inspiracion del hombre."

—"Aun puede más"-y te escuché, y el raudo
Vuelo del atrevido pensamiento,
Sobre mares de luz llevóme altivo
De fama y gloria para tí sediento.
¡Y te vuelvo á escuchar! y nuevamente
El corazon enternecido lanza
Suspiros de placer, cuando en tu frente
El brillo espiritual á ver alcanza
De la antorcha que, fúlgida en tu mente,
Señala de la gloria refulgente
El templo celestial á tu esperanza!

Y siempre al escucharte, conmovido,
Esparcir por los vientos dilatados
Los ecos del violin, estremecido,
En mi mente volcánica he sentido
Bullir los pensamientos agitados,
Como al soplo del Noto embravecido
Bullen las olas en el mar; y el nombre
Del arte proclamando he prorrumpido—
—"¡No puede más la inspiracion del hombre!"

Yo he visto que al pulsar el arco de oro
Se dilata tu espléndido semblante,
Y conmovido al verte y palpitante
He derramado enternecido lloro.
Y he dicho al contemplar en el procenio
El vago resplandor que orla tu frente:—
—"Allí existe una luz que dulcemente

Irradia en mi interior, allí está el Génio!"—
Parece entónces que con vuelo altivo
Súbito hiendes el azul espacio,
Y te pierdes, errante y fugitivo,
En piélagos de luz y de topacio.

Tú á cuyas sienes, como el sol al dia,
Da el génio resplandor, el vuelo lanza
En alas de la libre fantasía
Tras la bella ilusion de tu esperanza.

Lánzate audaz y piérdete en la inmensa
Llanura esplendorosa,
Tras cuyo azul y dilatado velo
La patria de los Genios se levanta
Sobre discos de luz:—rápido vuela;
Y si apiñadas las jigantes nubes
Ocultan tempestuosas
El templo celestial que tu alma anhela,
Estremeciendo la region del viento,
El arco pulsa.... y al vibrante acento
Que retumbe en la bóveda sombría,
El mismo Dios, radiante de alegría,
Te abrirá la mansion del firmamento.

(1865.)

LA ESPERANZA.

A LA SRA. Dª LUISA FESSER DE AZCÁRATE.

¡Qué cosa ¡oh Dios! es la esperanza?—Estrella
Que brilla en la region del sentimiento
Y siempre en pós de su radiante huella
Se lleva arrebatado el pensamiento.

Tras ella vá la humanidad perdida
Al ronco són del huracan que zumba,
Hasta que al fin, de la cansada vida
El fardo arroja y húndese en la tumba.

Sin ella el corazon es hondo abismo
De angustia y de dolor, y su mirada
No alcanza mas allá del borde mismo
Que circunda su lóbrega morada.

Es un angosto valle, donde nunca
Brota una flor angélica, y si nace,
El filo agudo del dolor la trunca
Y la escarcha del tédio la deshace.

Yo he llegado, en mi oscura fantasía,
A imaginarla un vívido destello
De la frente de Dios, que al hombre guia
Hácia el mundo esplendente de lo bello.

Y es que su brillo, en el dolor profundo,
Viene constante á iluminar mi frente,
Como tras densa noche, sobre el mundo,
Brilla el fanal espléndido de Oriente.

Es que del infortunio en la sombría
Esfera tempestuosa, cuando al cielo
Implora el corazon en su agonía
Un instante de luz y de consuelo;

Ve siempre que en el mar de su amargura
Un misterioso resplandor se estiende,
Como cuando algun pez, en noche oscura,
La superficie de las olas hiende.

Y es ella entónces que con faz gallarda
Surge del corazon sin mancha alguna,
Como del fondo de una nube parda
Radiante de explendor la blanca luna.

Paloma del Eden que el triste lloro
Viene á enjugar del alma adolorida,
Y abriendo dulcemente el pico de oro
Bálsamo celestial vierte en su herida.

¡Con qué placer el corazon la nombra,
En sus horas de angustia y de desvelo,
Vírgen espiritual, á cuya sombra
Se sueña siempre con la paz del cielo!

Angel consolador, que manso vuela
A la vista del hombre, y complacido,
Le muestra sin cesar el bien que anhela
En fácil lontananza suspendido.

Ora lo lleva en sus ligeras alas
Tras el verde laurel de la victoria;
Ora le brinda del placer las galas,
Ora el brillo esplendente de la gloria.

Hácenos ver, radiantes de alegría,
El mágico ideal con que se sueña,
Y si al quererlo asir la fantasía
En hondo precipicio se despeña;

Ella tambien á la mansion oscura
Con nosotros desciende, y nuestro llanto
Enjuga allí, consoladora y pura,
Como las fúlgidas orlas de su manto.

¡Nunca nos abandona! de la infancia,
A la encorvada ancianidad, risueña,
Siempre volando fúlgida á distancia,
El fin de la jornada nos enseña.

Pósase al borde de la móvil cuna
Del sonriente arcángel pequeñuelo,
Y un porvenir de gloria y de fortuna
Deja entrever al maternal anhelo.

Tiende mas tarde el ala de esmeralda
Por la bella estacion de los amores,
Y nunca vuelve, con desden, la espalda
De la ilusion á las brillantes flores.

¡Y siempre nos consuela!..Hasta en el duro
Y amargo, de morir trance preciso,
Nos muestra, por espléndido futuro,
Mas allá de la tierra un paraiso.

Y ángel consolador, blanca paloma
O dulce y bienhechora compañera.
Siempre al doliente corazon asoma
Como al seco jardin la primavera.

Con ella siempre el viajador se lanza
Tras un mundo mejor, sin rumbo cierto,
Que jamás abandona la esperanza
A los tristes que cruzan el desierto.

Pero sin ella ¡oh Dios! en el camino
De la existencia oscura y desgraciada,
¿Qué fuera el hombre?—¡Esclavo del destino,
Hijo infeliz del polvo de la nada!

(1865.)

TEMPESTAD.

¡Temblad! las ondas del rio
En procelosa creciente
Amenazan por el valle
Desbordadas estenderse.

Pastores de estas comarcas,
Labradores inocentes,
¡Al aprisco los rebaños!
¡Al granero con las mieses!

Oid cual mugen los vientos,
Cómo el mar se encrespa y hierve,
Y el huracan rebramando
Al Universo estremece.

Al traves de la sombría
Tempestad que al orbe envuelve,
Un panorama de horrores
Contempla la humana especie:

Un porvenir cuyo cielo
Enrojecido parece
Por la sangre derramada
De tanto hermano que muere.

¡Oh Dios! y miéntras que el hondo
Volcan se alimenta y crece
En el seno de los pueblos
Donde oculto se revuelve;

Ni una luz en lontananza
Que nos dirija se advierte,
Por este valle de angustias
Tan oscuro y triste siempre.

Ni una tabla salvadora
Se descubre en el hirviente
Golfo inmenso del peligro
Que á nuestra vista se ofrece.

¡Ay! temblad! las ondas braman,
El rayo los aires hiende:
¡Animo y fé, compañeros,
O la patria desfallece.

(1865.)

LA MADRE ARREPENTIDA.

¡Cómo por el cristal de mi conciencia
Cruza la triste sombra,
Del hijo de mi amor, que en su inocencia
Quién sabe en donde el infeliz me nombra!

Yo aparté de mi seno con dureza
Sus lábios virginales,
Y en horas de silencio y de tristeza
Lo coloqué de un templo en los umbrales.

¡Ah! ¡cómo viene á conturbar mi mente
El recuerdo sombrío,
De aquellos ayes con que hirió el ambiente
Al sentir de los mármoles el frio!

¡Y pude, sin morir adolorida,
Con semblante sereno,
Allí dejar el ángel cuya vida
Por vez primera palpitó en mi seno....!

Aquella noche me dormí en un lecho
De punzantes abrojos,
Y el génio del dolor bajó á mi pecho,
Y sombras mil cruzaron por mis ojos.

El mundo luego me miró el semblante
Velado por la calma,
Y no pensó que un áspid devorante
Me iba en secreto atormentando el alma....!

Jamás olvido el inocente fruto
Del infortunio mio:
Siempre mi corazon viste de luto,
Y tengo el pecho de placer vacío.

Su recuerdo ha vertido en mis cabellos
Anticipada nieve:
¡Ay! desde entónces no he prendido en ellos
Flor que el emblema del dolor no lleve!

¡En cuánta queja, abandonada y sola,
He prorrumpido ardiente,
Por esa fresca y delicada ola
Que surgió de mi vida en la corriente!

Hoy diera yo por estrechar su seno
De gozo estremecida,
El cáliz de oro hasta los bordes lleno
Con que el placar al corazon convida.

De un ilícito amor fruto inocente,
Mi arcángel pequeñuelo,
¿Qué culpa tuvo de mostrar la frente
Bajo tan triste y denegrido cielo?

El hombre empero á comprender no alcanza
El torcedor profundo
Que oprime al corazon cuando se lanza
Náufrago triste por el mar del mundo,

Si supiera la insólita amargura
Y el ardiente veneno
Con que empaña el cristal de la hermosura
Que abre á su amor el palpitante seno....!

Mas yo he dejado resbalar mi planta
Del vicio por la senda,
Y he puesto un nudo á la infeliz garganta
Del fruto hermoso que me dió por prenda.

Ay! si la voz de un pecho á quien abate
Tu recuerdo sombrío,
Y el ay de un corazon que apénas late
Llegan á tí.... ¡perdóname, hijo mio!

(1865.)

EN LA MUERTE DE LINCOLN.

(VIERNES SANTO.)

Muerto estaba el Señor del Cristianismo
Cuando rujiendo con fragor insano,
El trueno del dolor, fiero en sí mismo,
Rodó por el confin americano
Cual rápido peñon por hondo abismo.

¡Muerto estaba el Señor....!que en santo dia
Morir tambien para mayor grandeza
El Patriarca de América debia:
Muerto estaba ¡oh dolor! y no podia
Librar desecho su mortal cabeza.

Por eso doblegó la augusta frente
Del mortífero plomo al golpe rudo:
Por eso la traicion se alzó impotente,
Y no encontrando á su maldad escudo
Triunfó el cobarde, y pereció el valiente.

Por eso el huracan, fiero en sí mismo,
Que siempre en torno á los mortales zumba,
Surjió bramando de su negro abismo
Y el rayo desató..! porque en la tumba
Muerto estaba el Señor del Cristianismo.

***

Penetremos á orar en la sencilla
Mansion de la Justicia Omnipotente;
Lágrima acerba inunde la mejilla,
Y prosternada en tierra la rodilla
Toque en el polvo la inclinada frente.

¡Mirad cuál gime el pueblo, y cuán augusto
Silencio reina en el recinto santo
Del templo donde yace el varon justo
Envuelto del misterio en el adusto
Crespon que forma de su tumba el manto!

Parece que angustiado y fervoroso
Asoma un corazon por cada labio,
Rogando á Dios en cántico armonioso
Por el hombre de bien, que á par de sabio
Fué de la patria el padre generoso.

¡Oremos ¡ay! oremos sobre el yerto
Mármol que cubre el túmulo sombrío
Del náuta ilustre que arribaba al puerto
Lleno de gloria, cuando el cierzo impío
Su nave hundió del mar en el desierto.

***

¡Oh! no vengais á conturbar al pueblo
Que gime en la agonía:
Dejadlo doblegar la frente mústia
Y verter en silencio la onda fría
Que lenta surje de su inmensa angustia.

Cuando los hombres como Lincoln mueren,
El llanto que se vierte
No es el llanto que corre destinado
A humedecer el polvo de su muerte,
Sinó el árbol jigante que han plantado.

Llórase por aquella venerable
Espléndida cabeza,
Donde tan bella luz se descubria
Que al verla despuntar, Naturaleza,
Madre comun, alegre sonreia....!

¡Tal parece que Dios tronchó su vida
Al contemplar su celo
De tan gran pensamiento en la zozobra,
Porque al verlo tan grande, el mismo cielo
Tembló de ver finalizar su obra....!

Por eso siempre en su dolor profundo
Atormentado el hombre,
Debe esclamar con llanto en las mejillas
Al pronunciar de su grandeza el nombre:—
Pueblos..! naciones..! mundo..! de rcdillas!

(1865.)

LA JOVEN FRAGIL.

Venid á mí; las lágrimas que vierto
Emblema son de mi dolor profundo,
Que tengo el triste corazon desierto
Y á solas voy por el erial del mundo.

Amor un tiempo con sus alas de oro
Mi seno comprimiendo,
La flor secó del virginal decoro
Que iba en el huerto de mi ser creciendo.

Envuelta de la cándida inocencia
En el dorado velo,
No divisaba el sol de la esperiencia
Que hoy á venido ha iluminarme el cielo.

¡Ah! ¡cómo incauta de mi vírgen frente
Fuí la guirnalda desciñendo á solas,
Y arrojando sus perlas tristemente
Del mar del mundo en las revueltas olas!

Entónces el collado me ofrecía
De sus flores el mágico tesoro,
Y siempre alegre resbalar veía
Por fuentes claras nubecillas de oro.

Y no pensaba que con hondas huellas
El hombre endurecido,
Viniera á hundir mis ilusiones bellas
En el sepulcro del eterno olvido.

Mas yo á su ruego suspiré amorosa,
Y en boton todavía,
Perdió mi lábio, como frágil rosa,
El fresco tinte y la color del día.

Hoy en la noche de un pesar sin nombre,
Cruzando un mar de sinsabores lleno,
Suspiro al ver cómo escarnece el hombre
La ardiente herida que infirió á mi seno.

Siempre en mi frente, cuyas níveas galas
Cayeron sin esencia,
Siento que agita con furor sus alas,
El Dios de la conciencia.

Y cuando al vulgo advierto intolerante,
Irónico, mirarme y sonreirse,
¡Cómo siento encenderse mi semblante
Y en él las hojas del pudor abrirse!

No hay tréguas un instante á la amargura
Del triste seno que perdió su calma,
Que una vez empañada su tersura
Ya nunca el brillo se le vuelve al alma.

Las vírgenes penetran en la fiesta
A ostentar la pureza de su encanto,
Y yo al compás de la vibrante orquesta
Siento correr por mi mejilla el llanto.

¡Ay! las que el alma conservais aun bella,
Sin esta mancha impura,
¡Huid la planta! que mi ejemplo es huella
De eterna desventura!

No roceis con las orlas de mi velo
La flor de vuestra cándida existencia:
Tended lijeras por mi lado el vuelo
En alas del amor y la inocencia.

Yo una víctima fuí del deslumbrante
Cáliz de los placeres,
Con que el hombre desgarra el pecho amante
Que le abren ¡ay! las frágiles mujeres.

Mi madre de pesar bajó á la tumba,
Y yo he llorado en mi desgracia tanto,
Que no sé si es un mar que en torno zumba
O si son las corrientes de mi llanto.

Al verme así, comprendo que el destino.
Con eco furibundo,
Va repitiendo en mi fatal camino
La aterradora maldicion del mundo.

Del mundo sí, que ha roto mi diadema
Y me escarnece impío:
Mas yo me acojo á tu bondad suprema:
¡Perdóname, Dios mio!

(1866.)

EN LA MUERTE

DE CONCEPCION CASTRO.

A J. J. G.

Cuando la tarde trémula derrama
Flébil melancolía,
Del árbol del dolor en mústia rama
Cuelga el laud y llora todavía.

No esperes que con lánguida ternura
En su valle de flores,
Torne á arrullar tus horas de amargura
La tórtola gentil de tus amores.

Ya en el fresco rosal de tu esperanza,
Deteniendo su vuelo,
No volverá á mostrarte en lontananza
El sonrosado resplandor del cielo.

Ni bajará temblando, en tardes de oro,
A tu triste ribera,
A modular el cántico sonoro
Que tu preludio de venturas era.

El viento de la noche furibundo
Tronchó el ramo florido,
Dónde, en el árbol del amor profundo,
Ibas con ella á colocar tu nido.

Angel de luz, el ala de esmeralda
Tendió por el espacio,
Y deshojando al aire su guirnalda
Perdióse entre las nubes de topacio.

¡Ah! ¡cómo debes, al morir el dia,
Buscar su forma bella,
Ya entre las sombras de la noche fria,
Ya en el vago esplendor de opaca estrella!

Y cómo, cuando brilla entre corales
El albor matutino,
Ver pensarás flotando en sus cristales
La blanca hurí que te robó el destino......!

Mas no hallarás su forma encantadora
Envuelta en leve gasa,
Ni en el trémulo rayo de la aurora
Ni en la nube que pasa.



Yo solo sé donde vivaz rutila
Su angélica mirada,
Y donde está su virginal pupila
¡Ay! para siempre con amor grabada.

¡Oh! nunca el mar del mundo con sus olas
Azote su santuario;....
¿Porqué la buscas en el cielo, á solas,
Y de la noche envuelta en el sudario?

Cuando más el dolor que tu alma encierra
Te agite furibundo,
Abre tu corazon, póstrate en tierra,
Y en él su imágen reverencie el mundo.

(1866.)

LA VIRUELA

EN EL PUEBLO DE REGLA.

Oid cuán vago en los espacios suena
El himno de dolor que un pueblo entona
Bajo el peso fatal de la cadena
Que con furor de hiena
En sus ocultas fraguas eslabona
El Dios del mal, que el ánimo inficiona
Y rasga el corazon vena por vena,
Para beber con furia enloquecida
La sangre celestial de tanta vida
Que á horrible muerte sin piedad condena.

El mónstruo del terror cernió su vuelo
Con implacable saña,
Sobre las verdes lomas de aquel suelo
Que inquieto el mar con sus espumas baña.

Allí un ángel de amor, un tierno niño
De frente de azucena y lábios rojos,
Plega el ala de armiño
Y cierra humilde los azules ojos.

La inocencia en su lecho
Espira temblorosa,
Y en abundantes lágrimas deshecho
El padre vé cuando á la tierna esposa
Le arrebata la muerte pavorosa
El ángel rubio que amamanta al pecho.

Y mientras desunida la materia
En deleznable polvo se convierte,
El génio abrumador de la miseria
Viene á aumentar la angustia de su suerte.

Allí los hijos de los pobres mueren,
Y en el mar de dolor que en torno zumba
Suspiran ¡ay! los padres abatidos
Sin una flor para'adornar la tumba
De restos tan queridos.

Yo ví, yo ví con devorante pena
El nacarado pecho
De vírgen tropical de encantos llena,
Al sepulcro bajar, pedazos hecho
Por el mónstruo infernal de la gangrena.

Yo ví tambien, con doloridos ojos,
En noche lenta y de mortal vigilia,
A la esposa implorar, puesta de hinojos,
Lienzo para envolver ¡ay! los despojos
De un padre de familia.

Y he derramado á mares la amargura
Que en mi pecho surgía,
Porque en medio de tanto sufrimiento
Para no estremecerse de agonía
Es preciso tener el alma fria
O estar sordo á la voz del sentimiento.

Mas ¡quién no siente las amargas quejas
Que en misterioso enjambre,
Exhalan á través de duras rejas
La desnudez y el hambre!

Yo que he sentido mis ardientes fáuces
Hambrientas una vez, y he derramado
Lágrimas de dolor, porque era un niño
Y me faltaba el maternal cariño
Y estaba léjos de la patria....entiendo

Cuánto debe sufrir el alma pura
De la triste horfandad que en noche oscura
La huella va siguiendo
De una sombra perdida en la llanura.

Por eso vengo á bendecirte ¡Oh pueblo!
Al contemplarte unido
Templando con la fé que te ennoblece,
Del desvalido hermano que padece
El mísero gemido.

Témplale ¡Oh sí! Tu generosa mano
Que siempre bienhechora
El llanto enjuga del que triste llora,
Benigna ofrezca con amor cristiano
El óbolo del bien que un pueblo hermano
Con dolorido corazon te implora.

Con el amor y el sentimiento fijos
En la triste mansion, donde la airada
Peste, blandiendo su segur malvada,
Hiende y derriba el cuello de sus hijos;

Piensa en que allí la tempestad del alma
Con rujido profundo,
El sentimiento maternal despoja
De su encanto mejor, y audaz lo arroja
De las angustias en el mar profundo;

Donde cubierto de mortal congoja
Temblando se le vé, cual débil hoja
Que airado azota el huracan del mundo.

Piensa en que allí por cada blando lecho
Del amor conyugal, pasó la muerte
Y una flor se llevó, que no hay mejilla
Donde no luzcan del dolor las huellas,
Y en que buscan su amor en los sepulcros
Mancebos y doncellas.

En que la esposa fiel que ayer solia
Ostentarse serena
Entre un grupo de lirios que tenia,
Hoy devorada por amarga pena,
Cuando fenece el dia,
Hora en que el viento en los cipreses zumba
Con mas solemnidad, va á arrodillarse,
Y á platicar con ellos en la tumba.

Piensa tambien que el soplo embravecido
De la ruda tormenta,
Desgarra el corazon adolorido
De la horfandad que triste se lamenta.
¡Piénsalo, pueblo! y de piedad movido
Con alma macilenta,
Haz que tu pecho al contemplarla sienta
La fervosa abnegacion cristiana

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible] ejemplo
[illegible] santa.
[illegible]
[illegible] ejemplo
[illegible]

[illegible] piedad bendigo
[illegible] que al bien convoca;
[illegible] pueblos sigo,
[illegible] enaltecer le toca
[illegible] generoso amigo
[illegible] amor coloca
[illegible] mano del mendigo.

Avanza, pues, por tan florida senda
Con tu noble mision, pueblo de Cuba,
Y el Dios que rije el movimiento, fijos
Sus ojos con amor en tu jornada,
Jamas vuelva á otro lado la mirada
Cuando le pidas pan para tus hijos.

A LOS JOVENES.

A MI AMIGO FRANCISCO DE PAULA GELABERT.

¡Oh! no danceis al son de la armonía
Que produce la orquesta:
Volved los ojos al nublado dia
Y en noble grupo abandonad la fiesta.

Oid cuán ronco en los abetos zumba
Embravecido el viento:
El pino de los valles se derrumba
Y ruje el mar con ímpetu violento.

La oscuridad del cielo vaticina
Tormenta desatada:
¡Ay del pastor que duerme en la colina
Y al peligro abandona su manada!

¡Oh! no danceis en el festin!—Al templo
Encaminad el paso,
Y dando allí de cristiandad ejemplo
Rogad que el sol aun brille en el Ocaso.

Pedid, pedid al cielo en los altares,
Con anhelo profundo,
Por aquellos que están sobre los mares
Y los que van errantes por el mundo.

Que ilumine la lóbrega jornada
Del desvalido anciano
Que siempre á la limosna mendigada
Tendiendo vá la entumecida mano.

Que señale con huella luminosa
El rumbo peregrino
Que ha de seguir la patria generosa
Por las revueltas olas del destino.

Yo tambien mostraré con fé profunda,
Inclinando la frente,
Que en santo amor mi corazon se inunda
Por la que gime humanidad doliente.

Que no imploro por mí; pues cuando triste
Suspira algun hermano,
Quien á su queja de dolor no asiste
Tener no puede un corazon cristiano.

¡Oh! no danceis.—Los hijos del destino,
Cuando avanza la noche y silva el viento,
Deben doblar el cuello en el camino
Y levantar á Dios el pensamiento.

Mirad!—El noto arrastra furibundo
La arena del desierto:
¡Ay de la nave que en el mar del mundo
Fanal no vé que la conduzca al puerto!

¡Cuánto pavor!—La oscuridad y el dia
Luchan en Occidente.
¡Oh jóvenes! dejad la loca orgía
Y en los altares inclinad la frente.

¡Inclinadla! y rogad que en la contienda
Triunfe la luz sagrada,
Y que el fantasma del error descienda
Pedazos hecho á la insondable nada.

(Marzo, 1866.)

EN LA LOMA DE LA CRUZ.

Es por la tarde: el padre de las luces
Su cabellera de encendidos rayos
Oculta tras el mar. Rápidas nubes
Cruzan, al soplo de la noche, el cielo,
Como columnas de vencida tropa
Desfilando en tropel. Verdes palmares
Colúmpianse á lo léjos,
Y la espuma flotante de los mares
Del moribundo sol á los reflejos
Nereidas finje, cuya blanca espalda
Se destaca entre velos de esmeralda.

Fugitivas las aves
Cruzando van el aire humedecido
Ansiosas de encontrar entre las suaves
Hojas del verde matorral, su nido.

Allá una choza solitaria humea,
Y es lo que mas mi corazon admira,
Porque á su puerta el labrador cansado
Pacífico reposa,
Muy mas feliz y libre de cuidado
En medio de sus hijos y su esposa,
Que el rico potentado
Que, cual sonda perdida en mar undosa,
Va siempre arrebatado
Por las revueltas olas del Estado.

Allí los bueyes desuncidos pacen
La tembladora yerba:
El potro retozon salta á lo léjos,
Y el tierno arbusto con su casco enerva.
El africano oscuro
La carga arroja de sus anchos hombros,
Y siéntase en el duro
Tronco de un árbol que redujo á escombros
El hacha cortadora
A cuyo filo se rindió en el llano,
Como se rinde un venerable anciano
Al golpe de la muerte destructora.

Por donde quiera que la vista vaga,
Domina un horizonte
Que objetos mil al pensamiento ofrece:
Aquí un arroyo que ligero pasa
Y en la campiña, ondulador, se pierde,
Como un largo giron de blanca gasa
Que el viento agita sobre alfombra verde:
Allí una nave que en el mar desierto,
Con su flotante pabellon por gala,
La entrada busca del angosto puerto,
Cual blanco cisne que mojando el ala,
Hácia la orilla navegando incierto,
Del lago azul sobre el cristal resbala.

Del manso Lájas las ondinas bellas
Trepando alegres por las verdes lomas
Y dando al aire el trasparente velo,
Parecen una banda de palomas
Que fácil trisca en caprichoso vuelo.

Todo lo abarca la mirada mia
Desde la verde cumbre
De esta colina, que refleja hermosa
Del sol cubano la postrera lumbre.

Mas ¡ay! qua en medio de tan bello cuadro
Mi corazon atormentado gime,
Sin que la luz del pensamiento alcance
A disipar la sombra que le oprime.

En otro tiempo de mejor fortuna
Aquí cantando el sol me sorprendia,
Cuando en el ancho cielo aparecia
Como inmenso diamante
Que espléndido rompia
El cristal de los cielos de Levante
Y en torrentes de luz se confundia.

El áura del amor con manso vuelo
Mi cabellera juvenil rizaba,
Y el bajel de la pátria navegaba
Por occéanos de luz en pos del cielo.

Hoy la misma campiña se dilata,
El mismo sol fulgura en la colina,
El palmar ha crecido, y se retrata
En la limpia corriente cristalina
Que como sierpe de luciente plata
Torcida se desata,
Y aun parece en su marcha peregrina
El himno repetir que los amores
Entonaban saltando entre las flores.

Mas hoy pátria y amor suspiran léjos
Del bien apetecido,
Y del sol á los últimos reflejos
Me pierdo yo del mundo en el olvido.

¡Y qué importa el dolor cuando se observa
La espléndida armonía

Que la inmortal naturaleza ofrece
Al ocultarse en Occidente el dia!

Inflámase el espacio
Que está lleno de Dios, con el rocio
Que la tarde balsámica desprende:
Sobre las altas torres
Su dilatado pabellon estiende
La noche encapotada
Que sobre el cerro de la costa enciende
Su pálido fanal. Suena pausada
La campana en el templo. El hombre entanto
Al cielo eleva su oracion.—Dios mio,
Yo tambien ante tí sumiso postro
Mi trémula rodilla,
Y por la lluvia de sereno aljófar
Que humedece mi pálida mejilla,
Humildemente á tu bondad imploro
Que enjugues ¡ay! el abrasante lloro
De cuanto hermano en la desgracia gima;
Y que con dulce amor la especie humana,
De la noche que empieza bajo el manto,
Entone, en áras de la gloria el canto
De la felicidad, y que mañana
Cuando yo torne á visitar la cumbre
De esta colina, que en el alma adoro,
El arcángel del bien con rayos de oro
Ya su doliente corazon alumbre.

(Agosto, 1866.)

A DIOS.

¡Oh Providencia expléndida que brillas
En los astros que pueblan el espacio,
Y revelas tus grandes maravillas
Ya en rutilantes órbes de topacio,
Ya en el fiero huracan que presto humillas
Cuando á veces colérico encapota
Del alto cielo la estension remota!

Yo no puedo lanzar el pensamiento
Mas allá de la bóveda sombría
Donde me azota el aquilon violento
Del perpétuo dolor y la agonía,
Y aunque audaz me encumbrase al firmamento
¿Cómo hallarte pudiera el alma mia
Si está cien mundos mas allá tu asiento?

Por eso en vano en mi ignorancia espero
Un destello de luz esplendoroso
Que me ilumine fúlgido el sendero
De la santa verdad....! ¡Siempre ominoso
Hallo el error dónde la luz inquiero!
Pues nublada tu faz, Dios poderoso,
¿Dónde una estrella encontrará el viagero?

Mueren los hombres y en angosto lecho
De inmundo polvo, acuestan la cabeza:
Brota mas tarde en su recinto estrecho
Cándida flor de angélica belleza:
¿Será tal vez que el corazon deshecho
Comience nueva vida, y satisfecho
Vegete allí por ley de tu grandeza?

El áura de la tarde embalsamada
La flor columpia que en las tumbas crece,
Y ella abriendo su copa regalada
Todo su aroma virginal le ofrece:

¿Será quizás el soplo que la mece
Hálito de una vida antepasada
Que á unirse torna al seno que florece?

Nadie lo alcanza á comprender, Dios mío;
Mas yo siempre al dintel del Cementerio
Me postro á orar, y si el abrojo impío
Hiere mi pié, respeto aquel misterio;
Por que bien puede ser un lábio frio
Que de la muerte en el augusto imperio
Senda mejor indique á mi extravío!

Amo la soledad de la luctuosa
Sombra nocturna, y juzgo en mi desvelo
Que cada blanca estrella luminosa
De cuantas pueblan el azul del cielo,
Es virginal pupila temblorosa
Que al nublarse en la tierra, presurosa
A los espacios remontó su vuelo.

Y cuando el alba descorriendo el frio
Velo apacible de la noche, vierte
Sobre las frescas flores su rocío
Que súbito en vapores se convierte;
Pienso en que puede cada gota inerte
Ser lágrima vertida en el vacío
Por un alma cautiva de la muerte.

Mas siempre en vano la constancia mía
Inquiere la verdad, y ansiosa busca

Un rayo de inmortal filosofía
Que manso venga á disipar la fria
Sombra funesta del error, que impía
Dilátase en mi espíritu, y sombría
El pensamiento y la razon me ofusca.

Me interrogo á mi mismo por la esencia
De este mísero ser infortunado
Que arrastro por el mar de la existencia,
Y no pudiendo responderme, osado
Lánzome al campo de la noble ciencia,
Hasta que al fin, turbada la conciencia,
Ni yo sé lo que soy ni qué he pensado.

Y tú, Señor, que oculto en el arcano
De tu poder inmenso te mantienes
Sin revelar al pensamiento humano
El fin que al hombre reservado tienes,
Ni cómo giran por el aire vano
Tantos y tantos mundos que sostienes
Bajo el influjo de tu excelsa mano;

¿En dónde está la gloria prometida
A las almas que cruzan en su vuelo
La mundanal esfera corrompida
Sin mancillar de su pureza el velo?
¿Está sobre los astros suspendida?
O si es la tumba Oriente de otra vida,
¿Son las entrañas de la tierra el cielo?

Cuando contemplo algun reptil insano
Arrastrarse á mi pié, medito, y creo
Ver la transformacion de un ser humano,
Y jamás con furor lo pisoteo;
Porque ¡quién sabe si será un hermano
Que al remontarse en alas del deseo
En pos de tí.... se convirtió en gusano!

¿Y ese será del hombre, por ventura,
El bello porvenir, la eterna gloria
De su alta aspiracion? ¿No habrá en la altura
Otra vida mejor, y en vil escoria
Habrá por siempre de trocarse impura
La obra que lleva el sello de tu hechura
En el terso cristal de su memoria?

Nadie lo sabe! Oh, Dios! Mas yo te imploro
Que, pues á ciegas por el mundo avanzo
Y mi ignorancia con pesar deploro,
No me quieras culpar si á más no alcanzo,
Y codicioso del saber que ignoro
Del génio audaz sobre las alas de oro
Tras los misterios de tu ser me lanzo!

AL LICEO DE GUANABACOA.

¡Siento arder en mi espíritu la llama
De intensa inspiracion!—Noble instituto,
Tu radiante esplendor mi mente inflama
Y el corazon te rindo por tributo.

¡Oye!—Si altivo en tus altares suena
Con rudos tonos mi salvaje acento,
Es que la ronca tempestad que truena
Para cantarte me prestó su aliento.

Es que me sobra juvenil pujanza
Para en mis cantos repetir osado,
La vibracion metálica que lanza
El aire por el trueno desgarrado.

Es que llevo en el alma un torbellino
Que sin cesar me oprime con su peso,
Es que voy persiguiendo en mi camino
La misteriosa sombra del Progreso.

Por eso dando en mi jornada incierta
De indomable valor patente ejemplo,
Sin detenerme á contemplar la puerta
Llegué al umbral y penetré en tu templo.

¡Aquí estoy, Sociedad!—Vengo altanero,
No á prosternarme débil á tus plantas,
Sino á pulsar el arpa del viajero
En bien de tí, que al cielo te levantas.

Vengo en nombre de Dios á darte aliento
Para que al porvenir tiendas tus alas,
Dejando en torno iluminado el viento
Con el fulgor de tus brillantes galas.

Vengo á ofrecer el hombro á la gigante
Columna intelectual que te sustenta,
Y á saludar tu esfera deslumbrante
Con la ronca espresion de la tormenta.

Yo en el fiero huracan que me arrebata
Del mundo voy revuelto por el cieno
Rodando, como hirviente catarata,
Por las regiones cóncavas del trueno.

Mas llego á tí y admírote estasiado,
Alcázar del saber, detengo el vuelo
Y proclamo tu espléndido reinado
Bajo el inmenso pabellon del cielo.

Fuente de luz, contemplo en tus raudales
Lucir las perlas del saber que adoro,
Cual brillan á través de los cristales
De un terso largo las arenas de oro.

Y el arpa pulso y delirante entono
De mi ardorosa inspiracion el canto,
Y al Dios del porvenir demando un trono
Para el genio inmortal de tu adelanto.

En tanto sigue intrépida el camino
Que te ilumina el sol de la esperanza,
Y aunque brame colérico el destino
No retrocedas, Sociedad, avanza.

Avanza, sí, que cuando en iras arde
Contra el error la humanidad doliente,
Quien no espera triunfar es un cobarde,
Quien perece en la lid es un valiente.

EN EL ALBUM

DE NICOLÀS AZCÁRATE.

Viajero que á favor del mar y el viento
Vas á orilla lejana,
¿Qué espíritu impulsó tu pensamiento
A abandonar la tierra americana?

Mas ¡ah! la patria te nombró en buen hora
Su arcángel peregrino,
Y vas en pós del alba brilladora
Que ha de esmaltar con perlas su destino.

¡Parte! y el cielo en tu jornada vierta
La lluvia de rocío,
Que de los vientos el fragor convierta
En misterioso y blando murmurío.

La ronca mar que ruje embravecida
Manso el cristal de su llanura estienda,
Cuando tu nave con la lona henchida
Del céfiro impelida
La superficie de las olas hienda.

Que nunca el trueno rebramando espante
Tu corazon enérgico y valiente,
Y que siempre á tu vista blandamente
El ángel de la paz vuele constante.

Que vuele ¡oh sí! mostrándote la breve
Senda, por donde la cortante quilla,
Finjiendo ramos de esmeralda y nieve,
Veloz te lleve á la española orilla.

Y allá, pisando las arenas de oro
Que esmaltan la ribera,
Donde la madre, que en el alma adoro,
Unida vive al celestial tesoro
De los recuerdos de mi edad primera;

De Cuba el nombre profiriendo á solas,
Culto dando á sus campos en tu idea,
Haz que el rumor, en breve, de las olas
Fiel mensagero de tu amor le sea.

Mas ya sobre el cristal del Oceano
Flotante tu bajel se balancea;
Ya estiende al aire el pabellon galano,
Como palmera que en el verde llano
Su florido penacho altiva ondea.

Parte en buen hora, Nicolás, que en tanto,
Al resplandor lejano de tu gloria,
Yo el trovador seré que en rudo canto
Culto del alma ofrezca á tu memoria.

Yo de la gloria, para tí, sin calma
Reclamaré la inmarcesible palma
Hasta que dure de mi vida el plazo,
Que á tí me ligan con estrecho lazo
Filial cariño y gratitud del alma.

Yo era un arbusto que el invierno impío
Rudo agostaba con su hielo insano:
Tú me tendiste bienhechora mano,
Me libraste del frio
Y fuiste para mí dulce verano.

¡Ah! si del tiempo la veloz corriente
Me conduce hácia el templo de la gloria,
Y mi nombre á esculpir llego valiente

En su altar refulgente....
Con tu sien partirá de su victoria
El triunfante laurel mi humilde frente.

Parte con Dios: la patria, su cabeza
Inclinando radiante de esperanza,
Ya en sus altares á quemar empieza
La mirra de su amor en tu alabanza.

Oyela como, dulce y palpitante,
En tí los ojos con ternura fijos,
Encomienda á tu espíritu gigante
El porvenir de sus amantes hijos.

No la olvides jamás en la ribera
Del turbio Manzanares:
Piensa en que, ansiosa, de tu amor espera
El áura que refresque placentera
El proceloso mar de sus pesares.

¡Piénsalo, amigo! que la patria es alma
Y corazon del hombre,
Y quien no busca de su bien la palma
Jamás debiera proferir su nombre.

Tú que su imágen en la mente llevas
Tiernamente esculpida,

Haz que broten en breve flores nuevas
En el árido yermo de su vida.

Así los cisnes de nevada pluma
Que en tu orilla se duermen tembladores,
Ajenos siempre del pesar que abruma,
Sus alas ricen en la blanca espuma
Del lago espiritual de tus amores.

Así tambien el ángel de la fama
De laurel inmortal ciña tu frente,
Y respirando del placer la llama
A Cuba tornes con la verde rama
Que el santo emblema de la union ostente.
(1866.)

FIN.

INDICE.


3 2044 048 083 984